

grandes clásicos, pero también estudios particulares recientes, de los que emergen nuevas síntesis, que hacen caer narrativas históricas que se habían impuesto por largo tiempo.

Se puede estar en desacuerdo con algunos puntos de vista adoptados por el autor del libro. Al afirmar que los aristócratas entran en la Iglesia al final del siglo IV, parece olvidar la existencia de aristócratas cristianos en la Iglesia preconstantiniana, como ponen de manifiesto figuras como Cipriano de Cartago o las medidas del emperador perseguidor Valeriano para depurar la aristocracia de cristianos. Cuando presenta la Iglesia donatista como una comunidad basada en la verdad e independiente del poder imperial, se diría que olvida los intentos de los donatistas de obtener el favor imperial tras la victoria de Constantino sobre Majencio y su derrota intelectual ante san Agustín en la Conferencia de Cartago del

411. El esfuerzo por descubrir una dimensión económica en la polémica pelagiana fuerza un tanto la descripción de los hechos. Pero limitarse a indicar estos puntos discutibles, sería no reconocer la maestría que Brown demuestra al escribir un libro tan ameno y bien documentado como éste.

La edición española de esta gran obra, que proporciona al público la editorial Acantilado, es de gran calidad: una letra grande y legible, un formato compacto que convierte este largo escrito de mil páginas en un volumen manejable, un cuidadoso trabajo de adaptación de las citas de autores clásicos al castellano por medio de la búsqueda de traducciones ya existentes, escrupulosamente reseñadas, y, por último, una traducción siempre legible y ágil convierten esta edición en una joya.

Manuel MIRA

Pontificia Università della Santa Croce

Alexandra CHAVARRÍA ARNAU

A la sombra de un Imperio. Iglesias, obispos y reyes en la Hispania tardoantigua (siglos V-VII)

(«Studi storici sulla Tarda Antichità», 43) Edipuglia, Bari 2018, 229 pp.

«La ciudad tardoantigua ni se arruina ni se destruye, sólo se transforma», afirmaba hace algunos años Javier Arce parafraseando a Antoine Lavoisier en un aserto que se ha venido matizando una vez que se ha revelado que muchas ciudades, sobre todo en las provincias occidentales del Imperio Romano, sufrieron durante los siglos IV y V episodios de crisis y de abandono con raíces en la segunda mitad del siglo II. Con todo, la ciudad que sobrevivió a esa crisis urbana se convirtió en la principal vertebradora del espacio y del territorio y los poderes po-

líticos y religiosos del momento –obispos, reyes y aristocracias locales rurales– se esforzaron por seguir considerando aquélla, y su entorno, como un espacio estratégico y de representación que, con la ruptura que supuso el final del Imperio Romano en el siglo V, adquiriría tintes nuevos tan complejos de estudiar como atractivos para la investigación.

El libro *A la sombra de un Imperio*, de la investigadora Alexandra Chavarría, que, tras dedicarse hace algunos años al estudio de la transformación de las *uillae* tardorro-

manas ya venía prestando atención a las iglesias de la tardoantigüedad y de sus espacios circundantes ciudadanos o suburbanos es una nueva muestra de las publicaciones tan sugerentes que, sobre este momento de cambio que supusieron los siglos V al VII, se viene generando en los últimos años. El trabajo, extraordinariamente bien documentado y con una generosísima y útil bibliografía (pp. 189-216), como se afirma en su clarísima introducción, busca –y consigue– realizar un estudio novedoso sobre las iglesias del periodo no entendidas sólo como «monumentos aislados» sino englobadas en su «contexto político, económico y social (...) con el que están íntimamente conectadas» (p. 5). Ese enfoque, que da sentido a las grandes cuestiones que articulan el trabajo, ya constituye un primer acierto metodológico de este estudio, magistralmente editado por la colección sobre temas de Antigüedad Tardía auspiciada por Edipuglia. Efectivamente, en un contexto, el de los estudios sobre tardoantigüedad en general e Hispania tardoantigua en particular, en que priman las descripciones meramente arqueológicas, este trabajo consigue dejar claro cuál fue el «contexto político, económico y social» (p. 76) en que tomaron forma las construcciones estudiadas –no sólo iglesias, también fenómenos, a juicio de la autora, directamente relacionados con la jerarquía eclesiástica y los poderes políticos (p. 116) pese a la naturaleza suburbana de algunos de ellos como las iglesias martiriales, las iglesias de carácter rural o las de tipo privado– y, también, consigue describir cuál fue el ambiente político y jerárquico en que aquéllas se desarrollaron. Además de conseguir ese objetivo, siempre desde un enfoque metodológico impecable que concede valor a los datos materiales pero sin separarlos de la información de los textos escritos y, especialmente (pp. 108-114) de las inscrip-

ciones –no muy abundantes para el periodo pero elocuentes y muy bien manejadas–, la autora realiza un detallado recorrido histórico por los principales acontecimientos políticos de la Hispania visigótica subrayando los contextos de competición que –por razones teológicas, primero, y territoriales, más tarde– motivaron, en esos tres siglos, las luchas de poder (pp. 13-47), detalla el papel social, y también político, de sus principales agentes (pp. 49-65), se entretiene –con un seguimiento ejemplar de la bibliografía– en los principales ejemplos de tipos de construcciones atestiguados en la península (pp. 65-93) y, también, en dos capítulos finales encomiables, aporta nuevas luces al problema de las iniciativas implicadas en la financiación de este tipo de obras (pp. 145-165) aportando, incluso, cálculos sobre lo que representó el coste de construcción de las mismas (pp. 145-148) siguiendo los pioneros estudios que, para la Arqueología Clásica, abanderaron hace ya algunos años Janet DeLaine o Patrizio Pensabene.

Al margen de los resultados arqueológicos, que hacen del volumen un extraordinario compendio, actualizado, de los materiales arquitectónicos, pero también ornamentales y epigráficos, disponibles en Hispania para el lapso comprendido entre los siglos IV y VII, el trabajo de Chavarría, que reconoce el gran papel que la Iglesia jugó en el mantenimiento de «una misma *koiné* económica y cultural» (p. 188) tras el final del Imperio Romano de Occidente, realiza un sucinto, pero válido, retrato histórico de esos siglos decisivos en el mantenimiento, transformado, de las estructuras romanas antes de la invasión islámica. Reivindica, además, el carácter estratégico (pp. 94-96) de la política edilicia emprendida –desde las ciudades pero afectando también a los espacios rurales– por parte de las elites locales (pp. 49-64 y 143-145)

y subraya la necesidad de aquilatar más las cronologías de los materiales arqueológicos de la arquitectura eclesiástica, especialmente durante el intenso siglo VI, para analizar dichos proyectos constructivos «en relación con el contexto político, económico y social y con la posición de sus obispos respecto de ese ambiente» (p. 76).

Además, aporta interesantes aproximaciones a cuestiones sociales como las del perfil de los comitentes implicados en los procesos de monumentalización de las iglesias que se atestiguan a partir del siglo VI (pp. 49-64 y 145-147), la extracción socio-política de los obispos (pp. 51-53), el papel concedido al uso de *spolia* en esos mismos procesos de monumentalización (pp. 160-162), el sugerente asunto de la progresiva cristianización de la topografía de las ciudades (pp. 65-94) –asunto en el que la autora da claras muestras de conocer a fondo la problemática urbanística de la ciudad clásica y de sus edificios públicos–, o el modo como los cánones de la liturgia que se fueron estableciendo y revisando en los distintos concilios –por cuya documentación Alexandra Chavarría se mueve con extraordinarias soltura y rigor (pp. 117-142)– permite entender mejor esa arquitectura eclesiástica que la autora describe como surgida «a partir de quien decidía la construcción del edificio, traducida en obra gracias al proyectista-arquitecto y a la mano de obra más o menos especializada» pero a la que «luego los fieles transformaban a lo largo del tiempo» enriquecién-

dola con diversos significados y variadas funciones (p. 143) asociadas a la simbólica condición de las iglesias como escenario de la estructura jerarquizada de la Iglesia, de espacio de proclamación de la Palabra de Dios y de ámbito de administración de los Sacramentos (p. 173). No faltan, tampoco, en estas páginas, aproximaciones a problemas terminológicos aun en discusión como el de los *atria* (pp. 77, 174 o 186), el del carácter estratégico del dominio de los espacios periurbanos (p. 94), o el de la ordenación de los cementerios martiriales (pp. 134-137).

Se trata, de un trabajo completo que –resultado de más de quince años de investigación por parte de la autora– más allá de ser una simple actualización de lo mucho que se ha publicado en los últimos años sobre poblamiento tardoantiguo hispano realiza un notable esfuerzo para, partiendo de considerar el cristianismo, y la acción eclesiástica, como fenómenos eminentemente urbanos, caracterizar sus plasmaciones materiales como una clara consecuencia de los ritmos políticos del momento. El resultado es una muy viva caracterización de las iglesias primitivas, hecha, también, desde un profundo calado sociológico, que constituye, desde ya, una referencia inexcusable para el conocimiento de este periodo histórico y de sus fenómenos constructivos más característicos.

Javier ANDREU PINTADO
Universidad de Navarra